Mónica González Santana

Relaciones de poder en las comunidades protohistóricas del noroeste peninsular.
Espacios sociales, prácticas cotidianas e identidades de género

GRUPO DEMÉTER
Historia, mujeres y género

trabe

RELACIONES DE PODER EN LAS COMUNIDADES PROTOHISTÓRICAS DEL NOROESTE PENINSULAR

Colección Deméter

Dirección:
Rosa María Cid López (Universidad de Oviedo)

Consejo Editorial:
Susana Carro Fernández (Consejería de Educación, Cultura y Deporte, Principado de Asturias)
María Isabel Núñez Paz (Universidad de Oviedo)
Carmen Suárez Suárez (Consejería de Educación, Cultura y Deporte, Principado de Asturias)

Consejo Asesor:
Ana Aguado Higón (Universidad de Valencia)
Francesca Arena (Universidad d'Aix-en-Provence)
Carmen Carracedo Falagán (Universidad de Oviedo)
Francesca Cenerini (Universidad de Bolonia)
Rosa Cobo Bedía (Universidad de La Coruña)
Eva Cantarella (Universidad de Milán)
Anne Cova (Universidad de Lisboa)
María José de la Pascua Sánchez (Universidad de Cádiz)
Pilar Díaz Sánchez (Universidad Autónoma de Madrid)
Almudena Domínguez Arranz (Universidad de Zaragoza)
Nadia Filipini (Universidad de Venecia)
Gloria Franco Rubio (Universidad Complutense)
María Jesús Fuente Pérez (Universidad Carlos III)
María Victoria López Cordón (Universidad Complutense)
Mary Nash (Universidad de Barcelona)
Teresa Ortiz Gómez (Universidad de Granada)
Esperanza Osaba García (Universidad del País Vasco)
Laura Pepe (Universidad de Milán)
Alicia Puleo García (Universidad de Valladolid)
María Dolores Ramos Palomo (Universidad de Málaga)
Rosalía Rodríguez López (Universidad de Almería)
María Salazar Revuelta (Universidad de Jaén)
Margarita Sánchez Romero (Universidad de Granada)
Cristina Segura Graíño (Universidad Complutense)
Anna María Simón Viñas (Uned / CSIC)
Amelia Valcárcel y Bernaldo de Quirós (Uned)

Mónica González Santana

RELACIONES DE PODER EN LAS COMUNIDADES PROTOHISTÓRICAS DEL NOROESTE PENINSULAR

Espacios sociales, prácticas cotidianas e identidades de género

GRUPO DEMÉTER

& trabe
Uviéu, 2013

PRÓLOGO

Cuando en marzo de 2012 fui invitada por la Universidad de Oviedo a formar parte del tribunal que había de juzgar la tesis de doctorado de Mónica Santana, tuve la oportunidad de conocer de primera mano la obra de una sólida investigadora que destaca por su inquietud y curiosidad intelectual y el interés por el conocimiento de las sociedades antiguas del noroeste peninsular. Tesis de doctorado que mereció el reconocimiento unánime por parte de la comisión académica que la valoró con la máxima calificación, auspiciando su publicación en una monografía que, convertida en una realidad, tengo el placer de prologar en estas páginas. Este ensayo evidencia la coherente y amplia trayectoria formativa e investigadora de su autora, en la que la práctica de la arqueología profesional ha tenido un papel muy importante. Así, el trabajo de campo le ha proporcionado un fecundo bagaje de experiencias y conocimientos sobre el territorio del noroeste y el material arqueológico documentado que, como ella afirma, la han ayudado a «superar la dificultad del desigual y a veces limitado acceso a la documentación».

La pasión investigadora que Mónica Santana muestra en este ensayo y la adopción de la perspectiva de género en el estudio de las sociedades antiguas están ya presentes en su monografía anterior, *El mito de la bárbara. Las mujeres del noroeste hispano en los textos grecolatinos*, publicada el 2010, de la que, en cierta medida, el presente libro es una continuación. En *Relaciones de poder en las comunidades protohistóricas del noroeste peninsular. Espacios sociales, prácticas cotidianas e identidades de género* Mónica Santana profundiza en su objetivo de aplicar a la investigación histórico-arqueológica presupuestos teóricos y metodológicos actuales –surgidos en su mayoría del ámbito de las ciencias sociales– que le permitan hallar respuestas a nuevas preguntas formuladas en el análisis de las relaciones sociales. Así, a partir de vías de análisis y perspectivas

conceptuales poco usadas en el ámbito de la arqueología española, su autora se interroga acerca de la naturaleza igualitaria de las sociedades norteñas, aceptada de manera generalizada por la historiografía. Es en este contexto en el que las relaciones de poder, y entre ellas las de género, se configuran como el eje vertebrador del libro, y los espacios y las prácticas cotidianas como las dos grandes líneas temáticas del mismo. En el ensayo son fundamentales las reflexiones teóricas de Foucault sobre el poder y las teorías del *habitus* y el capital simbólico y social de Bourdieu, además de metodologías específicas para el estudio de las diversas fuentes documentales que la autora interrelaciona en cada una de las etapas diferenciadas en el período estudiado, que se centra en el primer milenio a. C.

De forma diacrónica, la autora pone de relieve cómo determinados grupos familiares, o sociales, construyen su supremacía identitaria mediante estrategias como la invención de genealogías míticas y algunas prácticas rituales, estableciendo de esta manera una relación jerárquica con el resto de la población, sobre la que paulatinamente ejercen su dominio. En este proceso de construcción de un orden social de tipo jerárquico es clave la conceptualización del territorio como espacio habitado, civilizado y definido, ya que éste es el macro espacio material en el que se ejercen las relaciones de poder a partir de su control. Es decir, en tanto que el territorio otorga identidad a la comunidad que lo habita, su control por parte de las élites dirigentes significa la apropiación de los medios de producción y la fuerza de trabajo de la colectividad. La consecución de esta fuerza de trabajo –requerida para la monumentalidad territorial– seguramente se obtendría sin coacción evidente, y como señala su autora, mediante la táctica de la «simulación» al simbolizar la aportación gratuita de energía y tiempo, un factor de cohesión colectiva. En este contexto, Mónica Santana interpreta que los grupos dirigentes se valdrían de la monumentalidad de las estructuras funerarias y los rituales a ellas asociados para autoerigirse como los herederos de la tierra de sus ancestros, enterrados en el lugar, y cuyos orígenes recordarían los relatos míticos y legendarios transmitidos oralmente.

Es evidente que los hombres tuvieron un papel determinante en la formación de la desigualdad social y las élites, ya que en la Primera Edad del Hierro, cuando la documentación es más abundante y diversificada, el poder aparece en sus manos. Un poder que se sustenta en la violencia de las armas y la guerra, significantes de la identidad de género masculino en los sistemas patriarcales. En el análisis de este período histórico, la autora incorpora a su investigación el estudio en profundidad de una serie de temas poco explorados por la investigación académica androcéntrica, pero fundamentales para el desarrollo de la vida social, como son las actividades de mantenimiento, su relación con el espacio y su asociación a las mujeres. Y se pregunta acerca de la construcción de la identidad femenina y las relaciones de poder entre los géneros, y de las estrategias que los hombres utilizaron para construir su hegemonía y controlar a las mujeres y su capacidad reproductiva. En este entramado de cuestiones sobre las relaciones de fuerza, la socialización se sitúa como un proceso clave en la transmisión y reelaboración de identidades de género que pueden variar según la intersección entre las categorías de sexo, edad, estatus, religión o etnia. Junto a ello, la movilidad de las mujeres a través de los matrimonios exogámicos permitiría a las élites crear redes de solidaridad y alianza política. Pero, a menudo, se olvida que en esta práctica las mujeres tendrían un protagonismo importante en la circulación de ideas y rituales de naturaleza diversa y en la adopción de nuevas recetas culinarias que podrían influir en la variación de la tipología cerámica.

Al finalizar la lectura del libro, nos damos cuenta de que su autora ha logrado el objetivo principal de su investigación, que es la deconstrucción argumentada de la idea tradicionalmente aceptada de las comunidades campesinas del noroeste ibérico como igualitarias. Idea que se repite, sin apenas cuestionamiento, en la historiografía moderna. En mi opinión, esta falta de reflexión crítica se debe, sobre todo, a la autoridad legitimadora otorgada a las fuentes clásicas que, elaboradas desde el poder en el seno de un orden social de hegemonía masculina, tiende a valorarlas como portadoras de la «verdad». Pero este ensayo va más allá del desmantelamiento de la ficción de la igualdad social y obliga a repensar los conceptos de igualdad/desigualdad, ya que el uso del género

como categoría de análisis y su interacción dialéctica con otras categorías identitarias sitúa a muchas mujeres en un –como mínimo– doble parámetro de desigualdad. La identidad y su posición en las relaciones de poder dependen de muchos factores, no solo del género.

Y desde mi forma de entender las cosas y el mundo de desigualdades que hemos construido, la lectura de este libro ilustra cómo el poder masculino –que tiene su mayor visibilidad en el ámbito institucional–, se sustenta en un complejo entramado de multiplicidad de relaciones de poder, que tiene sus cimientos en el control masculino sobre el cuerpo y la reproducción de las mujeres, ya que no existe vida social sin la capacidad biológica de crear la vida. En este proceso de dominación, la conceptualización estructuralista de la división binaria del espacio como interior/exterior, doméstico/político, privado/público y su asociación a lo femenino/masculino ha servido para desvalorizar la aportación del tiempo y la energía de las mujeres, al limitarla a un espacio concebido como de amor y de generosidad y próximo a la naturaleza, sin apenas relación con el espacio exterior de la productividad y la circulación de bienes. El hecho de no considerar las actividades de mantenimiento como un trabajo productivo, llevado a cabo en un espacio material dinámico y dialéctico, ha contribuido de manera importante a desvalorizar la aportación de las mujeres al desarrollo social y, en definitiva, a su invisibilidad.

Y por último, manifestar que *Relaciones de poder en las comunidades protohistóricas del noroeste peninsular. Espacios sociales, prácticas cotidianas e identidades de género* es una obra valiente, original y novedosa que requiere una lectura atenta, pausada y reflexiva. Se trata de una investigación que marca nuevas líneas teóricas y metodológicas para el estudio de las sociedades del norte peninsular que, difícilmente, a partir de ahora se podrán obviar, y que rompe con muchos de los paradigmas que, tradicionalmente, han guiado el estudio de las sociedades antiguas de la Península Ibérica.

Maria Dolors Molas Font
Universidad de Barcelona

AGRADECIMIENTOS

No podía concluir este libro sin ofrecer mi más sincero agradecimiento a todas las personas que, desde la cercanía o la distancia, han aguantado y templado el carácter febril que me ha acompañado en su elaboración. Por eso quiero y debo dar las gracias:

A mis amigas. Por su imborrable presencia.

A mis primos, Ana, Manolo y Ainara. Por acogerme en mi retiro costero, dando forma, desde «su cocina», a uno de los capítulos que han llenado este libro.

A mis primos, Mónica y Ricardo. Por el día que, «incomprensiblemente», no pudimos visitar «Elviña».

A mi «neni», Olaya. Por su ayuda con el inglés.

A Cova. Por las tardes de estrés informático y su continuo apoyo telefónico. Y, cómo no, por los días de relax malteño.

A Ramiro. Por su desinteresada colaboración fotográfica.

A Blanca. Por hacer de la Biblioteca de Sotrondio mi particular «habitación propia».

A mis compañeras del Grupo Deméter. Consejo de sabias y aliento constante.

A mis *güelos*. Por todo el cariño que desprenden sus manos. Por esas miradas orgullosas que me han empujado en más de una ocasión.

A mi padre y a mi madre. Porque desde el silencio han sabido soportarme y apoyarme incondicionalmente.

A Rosa M.ª Cid López. Madre académica. Principio y fin de este trabajo. Por haber confiado en mí cuando pensaba en la imposibilidad de ver concluido este libro. Por su estímulo y dedicación diaria.

Y muy especialmente a mis *avós*. Puedo ver vuestra sonrisa allá donde quiera que estéis.

Gracias, de verdad, gracias.

INTRODUCCIÓN*

> Estrabón (III, 165) informa sobre la ginecocracia de los cántabros, sobre el exclusivo derecho hereditario de las hijas. Me hizo volver a esta información la investigación publicada por Eugène Cordier en la *Revue historique de droit français et etranger* (París, 1859, p. 257-300 y 353-396), bajo el título «Le droit de famille aux Pyrinées», cuyo resultado suministra una curiosa confirmación de varias de mis ideas fundamentales.
>
> Johann Jakob Bachofen, *El matriarcado,* 1987: 244

Comienzo con este texto del jurista y mitólogo Johann Jakob Bachofen por dos razones que creo fundamentales. La primera, por constituir uno de los detonantes en la inspiración de este trabajo. Y la segunda, por servir como ejemplo de la laboriosidad con la que el autor trató de acercase al pasado humano. Un pasado proyectado desde la visión evolucionista, con un antes acunado por el «desorden» del poder materno y un después acompasado por el poder del «orden» paterno (Iriarte, 2002). Se creaba así un escenario en el que, a partir de los grandes clásicos, las comunidades del noroeste peninsular y en concreto, los cántabros, emergían como paradigma de esa primigenia existencia matriarcal (Cohen, 2011). De esta forma, nacía una teoría de gran calado en el mundo académico (Magaña, 2006) y que, pese a los tintes androcentristas, ha servido y sirve, a muchas feministas, como *thronus* en el que volver a sentar a la Diosa Madre y, con ella, la «tranquilidad» de saber que no siempre los hombres tuvieron el poder (Gimbutas, 1989). Una tranquilidad ansiada que, sin embargo, gestionaba sus propias trampas (Talalay,

* Este libro se inscribe en el marco de la Investigación del Proyecto I+D de la convocatoria nacional (Ref. HAR 2009-10035), titulado «Claves diacrónicas para la divergencia social entre las construcciones simbólicas y las históricas sobre la maternidad».

2012). En este caso, la conveniente perspectiva evolucionista con la que Bachofen subrayaba «la positividad del advenimiento del patriarcado» (Iriarte, 2002: 23).

Precisamente, a través de esa supuesta caída del matriarcado comencé a interesarme por las relaciones de poder, el género y la estructuración de un sistema patriarcal capaz de legitimar esas relaciones desde la desigualdad (Saltzman, 1992). Y, con esos mimbres, la puesta en escena de las comunidades del noroeste peninsular, como ejemplo de «sociedades igualitarias» (Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1997), me llevó a cuestionarme si realmente podíamos seguir manteniendo este modelo, una vez que introducíamos el género como categoría de análisis. De esta forma, se esbozaba el objetivo de este trabajo, por el que intentaría acercarme a las poblaciones que conformaron la llamada «cultura castreña» astur (Fernández-Posse, 1998), a través, entre otras cuestiones, del estudio del poder como relación de fuerzas (Foucault, 1999). Comenzaba así una aproximación enraizada en la convicción de que «todo poder de violencia simbólica, o sea, todo poder que logra imponer significados e imponerlos como legítimos disimulando las relaciones de fuerza en que se funda su propia fuerza, añade su fuerza propia, es decir, propiamente simbólica, a esas relaciones de fuerza» (Bourdieu, 1977: 4). A partir de aquí, mi hipótesis partía de la necesidad de desentrañar esas relaciones de fuerza y, en función de las mismas, averiguar cuáles fueron los procesos de imposición-legitimación del poder masculino establecidos a través, entre otras cosas, de la política del disimulo (Balandier, 1994). En ese sentido, los trabajos de Michel Foucault (1999) o Pierre Bourdieu (1988) insistían en el acercamiento a esos procesos desde la cotidianidad, a través del análisis de la materialidad que acompaña la vida diaria. De la misma manera, ambos autores apuntaban que

> no existen relaciones de poder sin resistencia; éstas son más reales y más eficaces cuando se forman allí mismo donde se ejercen las relaciones de poder; la resistencia al poder no tiene que venir de afuera para ser real; pero tampoco está atrapada por ser compatriota del poder. Existe porque está allí, donde el poder está: es pues como él, multiforme e integrable en estrategias globales (Foucault, 1981: 82).

En este sentido, cotidianidad y resistencia parecían, en principio, poder esbozar una imagen más cercana de la relación mantenida entre ambos sexos.

Siguiendo con los objetivos planteados a la hora de abordar esta obra, consideré imprescindible comprometerme con los análisis de identidad (Butler, 2004 y Hernando, 2002), los supuestos sobre las «tecnologías del género» (De Lauretis, 1991[1]) y los enfoques que desde la teoría crítica feminista se aplicaban a la ciencia en tanto espacio social generizado (Haraway, 1995 y Harding, 1996). En esta línea, pero sin adentrarse en la problemática planteada desde las teorías feministas (Amorós, 1997), profesionales de la arqueología como Alfredo González Ruibal (2006) o Felipe Criado (1991a) recogían esa ruptura con la epistemología tradicional, acometiendo la compleja labor de sumarse al modelo de una ciencia social crítica y autorreflexiva. Igualmente, tuve en cuenta la ardua labor de relectura histórica emprendida por Simone de Beavouir en *El segundo sexo* (2005), estudio en el que la autora intentó recuperar la presencia de las mujeres en el pasado. A partir de aquí esbozaba, como premisa metodológica, la propia relectura de las fuentes arqueológicas, incorporando, además, cuestiones tales como el estudio de los modelos de hábitat, de los usos espaciales y temporales, de las prácticas cotidianas y de las distintas identidades (territoriales, de género, etc.) que se irían desarrollando entre estas comunidades, y que, consideraba, facilitarían la visibilización de las relaciones de poder mantenidas entre ambos sexos.

Con la intención de favorecer esa visibilización sopesé la posibilidad de incluir otras disciplinas en el desarrollo de este trabajo. De esta

[1] Teresa de Lauretis elabora el concepto de «tecnología del género» a partir de la tesis de la «tecnología del sexo» de Foucault (2005), entendiendo el género como una construcción cultural y no como una manifestación biológica y, por tanto, natural. De esta forma, la autora revela la existencia de distintas prácticas discursivas (educación, religión, ideología, socialización, etc.) encaminadas a definir y representar tanto la feminidad como la masculinidad. Temas ya muy conocidos y asumidos en los estudios de mujeres y/o de género.

forma, decidí utilizar los materiales epigráficos y el *corpus* literario destinado a dar cuenta de las costumbres de los «bárbaros montañeses», como elementos claves a la hora de complementar los datos extraídos del análisis arqueológico. Sobre este tema quisiera matizar un par de cuestiones relacionadas con las fuentes y la obligatoriedad de realizar un repaso crítico a su uso. En ese sentido, cabe señalar el desafío que supone la necesidad de romper con el parcial aislamiento en el que trabajan disciplinas como la historia o la arqueología, un situación que dificulta la puesta en común y fomenta la creación de cotos privados de conocimiento. Cierto es que no toda la investigación participa de este proceder, sin embargo, se puede observar cierta pasividad a la hora de tratar algunas actitudes tendentes a compartimentar el conocimiento en función de las llamadas ciencias auxiliares[2]. Sobre todo cuando nos enfrentamos a disciplinas, aparentemente tan alejadas del positivismo empírico español, como la antropología o la etnografía[3]. Resulta necesario, además, advertir del estado de la investigación arqueológica en el noroeste peninsular, dado que, a día de hoy, resulta difícil ofrecer una visión más allá del terreno de lo local. Situación que me llevó a centrar el estudio en el territorio actual asturiano. Pese a esto, las piezas del *puzzle*, poco a poco, comienzan a encajar. Ahora bien, la realidad plantea otra serie de problemas añadidos de cara a la investigación y posterior difusión de los resultados obtenidos: las dificultades operantes en cuanto al acceso a memorias, materiales, etc., lo que a la postre impide la cuantificación y cualificación de esos

[2] Cabe mencionar, al hilo de esta cuestión, las consideraciones de Narciso Santos cuando apunta que las «ciencias auxiliares, practicadas como disciplinas aisladas, no se entienden sin su aplicación a la historia antigua; en ese sentido la filología, en su concreción en la onomástica (antroponimia) y toponimia, ofrece unos resultados que sobrepasan las tareas estrictas del filólogo y empiezan a ser útiles al historiador» (2006: 21).

[3] Conviene recordar aquí el íntimo caminar que ambas disciplinas, arqueología y antropología, mantienen en el mundo anglosajón. Sobre este tema ver el artículo de Olga Sánchez Lirianzo (2008), entre otros.

mismos resultados[4]. Al hilo de la problemática de la que participa la arqueología, no solo la asturiana sino también la gallega, recojo la opinión de Alberto de la Peña, que alude a las causas irremediables pero también a las susceptibles de solución por estar en manos de la actuación humana. Sobre este tema, argumenta la preocupación a la que le lleva el

> comprobar que sólo desde hace pocos años comienza a trabajarse en Galicia dentro de planes sistemáticos de investigación, cuando lo normal ha sido... que las excavaciones se planteen atendiendo a criterios más personales que científicos, que estas excavaciones carezcan de la necesaria continuidad en muchos casos y, sobre todo, que sus resultados sirvan tan solo al director de los trabajos sin que el resto de la comunidad pueda aprovecharlos, porque, y aquí viene el mayor mal de la investigación gallega, no se dan a conocer en publicación (1992: 374).

Un ejemplo de la permisividad institucional, en cuanto a la creación de barreras divulgativas y cotos privados de conocimiento, lo encontramos en la reciente polémica que ha suscitado la aparición de más de 20.000 piezas en un «búnker» de la Campa Torres. Sin profundizar en dicha controversia, solo apuntar las palabras que el director de Turismo y Patrimonio ha emitido al calor del enfrentamiento suscitado: «Todos los investigadores autorizados tienen la obligación de hacer el depósito de las piezas y entregar una memoria. Esto no se está produciendo con la debida diligencia en todos los casos, por eso estamos mejorando el seguimiento del Museo Arqueológico en ese aspecto» (www.europapress.es, Oviedo 23 de abril 2010). En este estado de cosas, la desconexión entre la sociedad y la ciencia no parece un problema aislado, y más cuando se intenta vender un producto patrimonial a una ciudadanía con la que no se ha contado.

---

[4] Proyectos como los de la cuenca del Navia en Asturias, emprendidos por la Consejería de Cultura con la dirección del arqueólogo Ángel Villa Valdés, son un ejemplo del cambio favorable, al menos durante un período, que se emprendió de cara a la investigación, difusión y divulgación científica.

Consciente de esta situación, resultaba obligado revisar lo publicado hasta la fecha sobre los avances arqueológicos, con la intención de brindar tanto una nueva lectura de los datos como una revisión de las distintas interpretaciones efectuadas hasta el momento. En ese sentido, y sin olvidar la importantísima e ingente labor de catalogación realizada por el profesor de la Universidad de Oviedo José Manuel González (1907-1977), tomaba como referencia las excavaciones realizadas a partir del último cuarto del siglo XX, momento en el que se multiplican las intervenciones arqueológicas de la mano de investigadores como José Luis Maya González y Francisco Cuesta Toribio (2000) para el caso de la Campa Torres; Jorge Camino Mayor en la zona de la ría de Villaviciosa (1997); la polémica actuación sobre el Castiellu de Llagú, liderada por Luis Berrocal-Rangel, Paz Martínez Seco y Carmen Ruiz Trevino (2002), los trabajos realizados por el equipo coordinado desde 1995 por Ángel Villa Valdés en el castro del Chao Samartín o los estudios dirigidos por Carmen Fernández Ochoa en relación a los procesos de romanización del norte peninsular, entre otros[5]. Estos serían, pues, los grandes hitos en los que me apoyé con la intención de demarcar ejemplos de las áreas de interior y costa, del oriente, centro y occidente asturiano. Ahora bien, dadas las dificultades señaladas, el uso de una metodología comparada se presentaba como necesario y deseable, de ahí que, finalmente, optara por la inclusión de los avances practicados en otras áreas del noroeste peninsular como Galicia o León.

En esta misma línea, me planteé el acercamiento a otras fuentes como las epigráficas, siguiendo principalmente las bases documentales *on line* de *Hispania Epigráphica* y del *Corpus Inscriptionum Latinarum*, continuando con la revisión de revistas como *L'Année Epigraphique*, los *Corpora Epigraphica* realizados por Francisco Diego Santos, Tomás Mañanes, Julio Mangas, Manuel Abilio o Sonia M.ª García e incluyendo, finalmente, la relectura de la mayoría de los trabajos de aquellos investi-

[5] Gracias a los trabajos realizados por Carmen Fernández Ochoa en Gijón, Veranes, Lugo de Llanera o Ribadeo, entre otros, se comenzaría a cuestionar el verdadero alcance de la romanización en el norte peninsular.

gadores e investigadoras que se han ocupado y se ocupan de la epigrafía del *Conventus Asturum:* Inés Sastre Prats, M.ª Cruz González Rodríguez, Sonia M.ª García Martínez, M.ª Ángeles Pelayo Arce, Mauricio Pastor Muñoz, Santos Crespo Ortiz de Zárate o Henar Gallego Franco, entre otros y otras. He de decir que en mi intención no estaba la realización de un *corpus* epigráfico y mucho menos la generación de estadísticas que se quedasen en lo cuantitativo olvidando interpretar los datos obtenidos.

De la misma manera que me propuse incluir los materiales epigráficos, decidí enfrentarme a los testimonios literarios. No en vano los textos clásicos habían facilitado la creación de una amplia selección de trabajos dedicados a indagar la visión que los distintos autores, griegos y romanos, difundieron respecto a «los habitantes de la montaña» (Estrabón, *Geografía,* 3, 3, 7)[6]. Tras la lectura de lo escrito, mi propuesta

[6] Con más o menos fortuna, los testimonios clásicos han sido objeto de un exhaustivo análisis crítico. *Vid.* los trabajos citados en la bibliografía de José Carlos Bermejo, Gonzalo Cruz Andreotti, Marco Virgilio García Quintela o Ana Iriarte, entre otros. Ahora bien, pese a la intencionalidad crítica que se observa en opiniones como la del profesor Narciso Santos: «la utilización y manejo de todos ellos en su conjunto suscita numerosos interrogantes en el investigador, no sólo por lo que se refiere a su credibilidad sino también a su sentido histórico, desde el momento en el que dichos personajes no conocían directamente las estructuras propias de formación social castreña sino que se servirían de noticias de segunda mano, provenientes en todos los casos del lado del vencedor (los romanos) y no del de los sometidos (los indígenas). Por otro lado, no podemos olvidar que ni ellos ni sus respectivas fuentes de información (directa o indirecta) se limitarían a describir lo que podrían haber visto u oído sino que se hallarían condicionados por su propia mentalidad, lo que da como resultado el hecho de que en todos los casos nos vamos a encontrar ante un juicio más que ante una descripción, llevada a cabo además por personas plenamente conscientes de pertenecer a una cultura superior, la grecolatina, al tiempo que consideraban a las poblaciones indígenas, cuya organización describen, como bárbaras» (2006: 52); lo cierto es que el trasfondo de esta opinión revela la verdadera esencia de una actitud poco dada a desprenderse de los viejos hábitos historicistas, empeñados en dar nota de fe a lo dicho, dado que resulta infinitamente más seguro permanecer en lo conocido que aventurarse a explorar las intenciones, tradiciones y ocultaciones de unos personajes, los autores grecolatinos, poco dados al espíritu científico y crítico, aún con más razón si para ello debemos apoyar nuestros cometidos en el manejo de otras disciplinas.

pasaba por la vuelta al origen, a los textos, para observar en qué medida la construcción de un discurso legitimador del poder romano nos acercaba o nos alejaba de la realidad social y cultural de estas poblaciones, tratando de arrancar experiencias, fragmentos de vivencias que me permitieran conformar el rompecabezas de las vivencias femeninas. No se trataba de leer, sino de releer bajo una nueva lupa, la de la arqueología y los estudios de género, que iluminara aquellos aspectos de la realidad que más nos acercaran a las mujeres. En este recorrido, los trabajos, entre otros, de Ana Iriante Goñi (2002), Nicole Loraux (2004) o Jean-Pierre Vernant (2001a), me servirían de acicate en la crítica de unos relatos bañados por la ideología androcéntrica de la sociedad grecorromana.

Por último, y pese a las dudas que pudiera suscitar, creí indispensable incluir otro tipo de fuentes que, si bien, al igual que los textos clásicos, no aportaban un testimonio directo, podían orientarme en la ardua tarea de rescatar los aspectos más o menos observables del día a día de estas comunidades. De esta forma, consideré necesario añadir distintos análisis toponímicos, antropológicos y/o etnográficos, con el objetivo de complementar la aproximación a los usos y costumbres, como vestigios rastreables a día de hoy. En ese sentido, y sabiendo que el presentismo supone una difícil trampa a sortear, valoré la necesidad de arriesgar con nuevos planteamientos y nuevas posibilidades, dado que estudios como los lingüísticos han acompañado el descubrimiento de olvidadas creencias, convirtiéndose en testigos mudos de la emergencia de antiguos panteones coronados por una miríada de dioses y diosas, creados por y para los humanos. A este tipo de consideraciones ayudaron los trabajos llevados a cabo por Francisco Marco Simón (2005), Marco Virgilio García Quintela (1999) o Rosa Brañas (2000), entre otros y otras. De la misma manera, tuve en cuenta cómo manifestaciones aparentemente inocuas podían cambiar de registro si se ampliaba la metodología aplicada, incorporando, para ello, nuevos recursos o disciplinas como la antropología. De esta manera, me situaba ante la posibilidad de «descubrir, analizar y explicar las diferencias y las similitudes entre culturas... de encontrar lo que es universalmente humano y separarlo de aquellas concreciones culturales que distinguen unas sociedades de

otras» (Carranza, 2009: 1[7]), a través de la observación y la comparación de los usos y costumbres, tanto de las llamadas sociedades tradicionales como de aquellas poblaciones protohistóricas que han ofrecido y ofrecen un mayor nivel informativo. Usos como la «covada» o fenómenos como el avunculado (atribuidos en los textos clásicos a las comunidades norteñas) constituyen ejemplos de cómo, a través de los estudios antropológicos, se pueden llegar a sintetizar posibles costumbres prehistóricas. En este sentido hablan Marco V. García Quintela y A. César González cuando señalan que «la antropología social tiene gran interés como mecanismo interpretativo para comprender las formas de organización de las sociedades en el espacio que estudia la arqueología» (2009: 43). De esta forma y más allá de las críticas a las tesis etnicistas de «contornos celtizantes» (Leal, 2001: 298), me preocupaba la dotación de un marco interpretativo sociocultural de las fuentes ya mencionadas.

En esta línea de argumentación, el trabajo con los textos clásicos no sólo me permitió dibujar el entramado de la mente del conquistador, sino que me facilitó el acercamiento a la reconstrucción de la presencia femenina. De esta manera y pese a las críticas que reciben este tipo de planteamientos, personajes como Rosa Brañas (1995) y Marco V. García Quintela (2002) han abrazado y siguen abrazando el desarrollo de «arriesgadas» interpretaciones culturales al servicio de las posibilidades, más o menos discutibles, que ofrece el método comparativo[8]. De hecho, consideré un error desechar, de antemano, este tipo de argumentaciones dado que, como ha quedado demostrado, en numerosas ocasiones «lo verdadero y lo falso en la documentación puede identificarse por medio de datos arqueológicos» (Pendergast y Graham, 1993: 331). Por esto abogué, como ya he mantenido, por el eclecticismo que supone el uso de múltiples fuentes y por lo tanto del manejo de varias disciplinas. En el fondo, se trataba de averiguar, y en eso radica el planteamiento de

[7] *Vid*. en fuentes de Internet.

[8] A este respecto comparto la opinión del antropólogo Juan J. R. Villarías-Robles, quien afirma que «para reconstruir instituciones de orden social, político o religioso, se necesita acudir a la comparación con otros casos estructuralmente análogos» (2008: 39).

este trabajo, el nivel informativo que podemos rescatar para reconocer y visibilizar las relaciones de poder y, dentro de ellas, las de género en las comunidades castreñas del noroeste peninsular.

Al hilo de lo expuesto, y en relación a la problemática que planteaban las fuentes, también la demarcación espacio-temporal entrañó un arduo trabajo de investigación. Por eso, cuando en un principio pensé en hacer uso de la terminología clásica, *Conventus Astur o Populus astur*, tuve en cuenta que tal denominación respondía a la configuración de una realidad espacial administrativa romana, y que, por lo tanto, su uso, en principio, no se ajustaba al marco temporal prerromano con el que pretendía trabajar. Pese a esto, consideré las reflexiones de investigadores como Alfonso Fanjul y Luis R. Menéndez (2004b) que, en su momento, observaron la existencia de una serie de rasgos comunes que permitirían reconocer para el caso de Asturias, León, parte de Orense, Lugo y Zamora, noroeste de Portugal y la región de Tras-Os-Montes, cierta homogeneidad cultural a partir, entre otras cuestiones, de la orfebrería, la cerámica, la arquitectura o las creencias religiosas. De esta forma, parece que, pese a la distancia temporal, la diversidad geográfica y la fragmentación política, se observaba un sustrato común capaz de dar cierta unidad cultural a los grupos llamados astures en la Antigüedad. Una situación que la propia administración romana aprovecharía[9]. Pese a esto, a día de hoy, el estado de la investigación no permite, de momento, aventurar o delimitar con mayor exactitud la realidad espacial prerromana, sus relaciones o áreas de influencia, más allá de los estudios locales que se están llevando a cabo[10]. Los trabajos realizados en

[9] Por lo que respecta al uso de estos recintos fortificados, los estudios realizados hasta la fecha sugieren, en general, un arco cronológico que iría desde el Bronce Final hasta incluso la época medieval (Coaña, Mohías). Sobre estos temas ver en la bibliografía los trabajos de Gema Adán Álvarez, Jorge Camino Mayor, Xulio Carballo Arceo, Ángel Esparza Arroyo, M.ª Dolores Fernández-Posse, José Luis Maya, Antonio de la Peña Santos, José Manuel Vázquez Varela, y Ángel Villa Valdés, entre otros y otras.

[10] Véanse los trabajos, referenciados en la bibliografía, de Jorge Camino Mayor para el caso asturiano, Pastor Fábrega Álvarez en Galicia o Yolanda Álvarez González en León, entre muchos otros.

las zonas transmontana y cismontana van proporcionando, aunque de una manera un tanto general, focos de ocupación y características culturales más o menos localizadas, basadas en las propias manifestaciones arqueológicas que podían señalar «no una, sino múltiples fronteras y diferentes territorios que multiplican la variabilidad interna e insinúan caminos de interrelación con el mundo exterior» (Rey, 2000: 360). En ese sentido, «teóricamente, a partir del análisis arqueológico tendríamos que ser capaces de definir a los astures desde el punto de vista geográfico y cultural» (Carrocera, 1995: 53). Ahora bien, el estado actual de la investigación obliga aceptar que sólo se puede atestiguar, arqueológicamente hablando, que «los astures parecen hacer uso de unos elementos materiales muy comunes a todo el noroeste peninsular, similares tanto a los de la zona de Galicia, norte de Portugal y parte del oeste castellano» (Fanjul, 2004a: 22).

En esta misma línea de debate, se hacía necesaria la concreción de un hilo cronológico para estructurar el análisis. Para ello, tomé en consideración el último milenio antes de la llegada de Roma, con la intención de aproximarme, gracias a este amplio margen, a la gestación, cambio y desarrollo de los modelos sociales[11]. Se trataba de encajar el estudio fuera de los márgenes de los periodos tradicionales, entre otras razones, por el significado que el tiempo y las cronologías decimonónicas han mantenido y mantienen en el cauce de la crítica feminista[12]. Una crítica que estima lo temporal como una construcción social y cultural (Elías,

[11] Comparto la opinión de Inés Sastre Prats respecto a la alteración y adaptación de las formas de relación social en el noroeste peninsular. Para la autora ésta sería «una manera de decir que la provincialización puso en marcha factores históricos nuevos que alteraron enormemente las formas de relación social. Y que las realidades sociales resultantes no pueden explicarse recurriendo al peso del pasado prerromano, sino teniendo en cuenta estos nuevos factores históricos y la necesaria adaptación a ellos de las realidades indígenas» (2004: 99).

[12] Resultan esclarecedoras, a este respecto, las palabras de Paloma González Marcén. Para esta autora «la concepción, la percepción y el uso del tiempo de las mujeres han supuesto un campo de estudio explorado desde diversos ángulos y temáticas» (2008: 62).

1989), y que, por lo tanto, ha de superar las tradicionales delimitaciones cronológicas basadas en procesos o acontecimiento aparentemente neutros, en este caso, la tecnología masculina de los metales. En este sentido, el tiempo no escaparía a la construcción sociocultural, de ahí la «obsolescencia de las periodizaciones tecnotipológicas que seguimos utilizando en prehistoria y que responden a la necesidad de estructurar el conocimiento del mundo a través del tiempo y el cambio, para dar legitimidad a los cambios que implicaba la modernidad» (Almudena Hernando, 2002: 118). Por ello, desde la historia tradicional, se establecía la visión de estas comunidades como sociedades homogéneas

> en sus dos coordenadas: temporal, sobre todo en lo que se refiere a la primera época de dominación romana, considerada una mera continuación de la segunda Edad del Hierro, pero también espacial, puesto que, para este momento previo a la conquista se suele considerar que todos los territorios muestran formas de organización social semejantes (Sastre, 2004: 99).

Así pues, uno de los objetivos que me planteaba estribaba en la confección, a través de la relectura de las fuentes, de una trama crítica capaz de «imaginar» el desarrollo y la reproducción social y cultural de unas comunidades, hasta el momento, compuestas por la supuesta neutralidad del género masculino. Por consiguiente, tomé en cuenta los procesos de monumentalización y visibilización, como supuestos puntos de inflexión en la construcción de las identidades y diferencias de las personas integrantes de estas comunidades[13]. A partir de tales planteamientos se podía crear otro tipo de temporalizaciones tales como la llamada «escala de la vida cotidiana» y el «tiempo de los acontecimientos» (González

[13] En este sentido, entiendo la conquista romana como uno de los cambios, por el momento, más visibles, en cuanto a su influencia en el desarrollo de la identidad social y cultura. De esta forma, la «identidad implica una negociación con la realidad, la puesta en activo de una determinada forma de estar en el mundo que haga posible la supervivencia efectiva de los seres humanos. Por eso se transforma constantemente dependiendo de las condiciones de supervivencia, de los riesgos que cada grupo humano haya de afrontar» (Hernando, 2002: 50).

Marcén y Picazo, 1998). Pese a esto, decidí consensuar ambos sistemas, con la finalidad de revelar, precisamente, las diferencias y posibilidades que ofrece la incorporación de otras tecnologías.

En general, lo que realmente me preocupaba era la imposibilidad de establecer planteamientos definitivos, dado que el conocimiento de este campo se encuentra en continua construcción. Por ello, lo que me propuse, a través de la incorporación de las mujeres y la categoría de género, fue el acercamiento a estas poblaciones, desde una perspectiva capaz de introducir nuevas vías de análisis, interrogantes y posibles respuestas (Díaz-Andreu, 2012). En definitiva, este trabajo pretendía seguir la línea abierta desde la historia de las mujeres en su afán por demostrar, a través de la inclusión de las relaciones de poder y de género, que la cultura material es, para la Historia, algo más que el resultado de ciertos comportamientos humanos (Tringham y Conkey, 1995).

A grandes rasgos, y respecto a la estructuración de este trabajo, decidí establecer tres grandes apartados como hilo conductor, que facilitaran la lectura y la articulación de los contenidos. Por ello, comienzo con un primer capítulo destinado a reflexionar y profundizar en el estado de la cuestión y los debates historiográficos que se han acometido respecto a la llamada «cultura castreña» (Marín, 2004), insistiendo en la parcelación de saberes y en la «esperanza» objetivista (empirismo/positivismo) puesta en los estudios arqueológicos (Colomer *et alii*, 1999) como fórmula capaz de despejar las viejas servidumbres ideológicas. Tras esta primera parte, el análisis se centra en las comunidades castreñas prerromanas a través, entre otras cuestiones, del estudio de los modelos de ocupación y de la articulación del paisaje, y con ellos, de los espacios de poder y la posible construcción de fronteras entre lo masculino y lo femenino. Este segundo gran bloque abre las puertas a la consecución de un tercer capítulo, en el que se establece un examen más minucioso de las relaciones sociales advertidas a través del análisis espacial. Por eso incluí, de nuevo, la cuestión del poder masculino como articulador del paisaje social, para observar probables cambios identitarios, resistencias, posibles políticas de *disimulo* y modelos sociales como estrategias de cara a la consolidación de las políticas del poder. Una consolidación en

la que, como veremos, la propia especialización femenina en las tareas de producción y mantenimiento social tuvo mucho que ver. De ahí la especial mención a las políticas de instrumentalización femenina a través del matrimonio o al control ejercido sobre las mujeres, gracias, entre otras medidas, al discurso maternal. En definitiva, esta obra trata de averiguar si podemos hablar de comunidades campesinas igualitarias cuando incluimos el género como categoría de análisis.

ÍNDICE

Prólogo 7
Agradecimientos 11
Introducción. 13
I. Estudios del noroeste peninsular. Breves reflexiones historiográficas 27
II. Las comunidades prerromanas del noroeste peninsular. Los modelos de hábitat y la monumentalización de los espacios habitacionales. 51
II.A. Tiempo y espacio 54
II.B. Hábitat castreño. Génesis y desarrollo 59
II.B.1. El estudio de los Paisajes fortificados. Una nueva propuesta de interpretación arqueológica 63
II.B.2. Modelos de ocupación. Modelos de apropiación . 70
II.B.2.1. El tiempo como elemento legitimador de las identidades colectivas e individuales. La apropiación del pasado a partir de la experiencia funeraria: el caso de Monte Areo 73
II.B.2.2. El tiempo como elemento legitimador territorial. Del pasado que no se «olvida» al presente monumentalizado 82
II.C. La articulación del paisaje castreño 89
II.C.1. La ría de Villaviciosa. 94
II.C.2. La cuenca de Oviedo 98
II.D. La sacralización del poder masculino. De los espacios reales a los simbólicos 101
II.D.1. Espacios cultuales 117
II.D.2. Divinidades prerromanas 125

II.D.3. Devotos y devotas 136
II.E. Construyendo fronteras: espacios masculinos y femeninos en el imaginario castreño 141
III. La sociedad prerromana del noroeste peninsular. Autosuficiencia doméstica, prácticas cotidianas e identidad familiar 145
III.A. El poder masculino como articulador del paisaje social. Los cambios en las identidades 147
III.A.1. La ficción comunal como modelo social. De las estructuras de almacenamiento colectivo a la autosuficiencia familiar 150
IIII.A.2. Visibilización y monumentalización de los espacios domésticos 158
III.A.2.1. Políticas de consolidación familiar y discurso maternal 161
III.A.3. Excelencia masculina y cotidianidad femenina . . 163
III.B. Especialización femenina. Producción y mantenimiento de la vida social 170
III.B.1. «A pedir de boca». La tecnología culinaria en el desarrollo de la identidad femenina: recursos, procesado y presentación 172
III.B.1.1. Disponibilidad y elección de recursos alimenticios 173
III.B.1.2. Del campo a la cocina. Los útiles líticos y el instrumental cerámico en el procesado y la presentación de los alimentos 178
III.B.1.3. De la cocina a la mesa. Élites familiares y discursos culinarios 189
III.B.2. La instrumentalización de las mujeres en la generación de redes sociales 196
III.B.2.1. La generación de redes sociales: filiación, sucesión y herencia 201
III.B.2.2. Hijas, hermanas, esposas y madres. La socialización de las nuevas generaciones 210

Conclusiones 215
Fuentes y bibliografía 225
Anexo. Selección de textos grecolatinos 297
Listado de figuras y fotografías 303

Primera edición en Colección Deméter: noviembre de 2013

Todos los derechos reservados

© de los textos, Mónica González Santana 2013
© de la edición: Ediciones Trabe, S. L.
para Grupo Deméter (Historia, mujeres y género)
Foncalada 10, 2.º A - E33002 Oviedo
Teléfono: 985 208 206
www.trabe.org
ediciones@trabe.org

Diseño: Samuel Castro (Ediciones Trabe)
Fotografía de cubierta: *Réplica de la diadema de Moñes,*
Museo Arqueológico de Asturias (Ramiro Menéndez Méndez)

Impreso por Apel

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Depósito legal: As-02893-2013
ISBN: 978-84-8053-710-0

Esta publicación ha sido subvencionada por el Gobierno del Principado de Asturias, Consejería de Presidencia (Instituto Asturiano de la Mujer)

I

COLECCIÓN
DEMÉTER

Desde que Estrabón hablara de los habitantes de las montañas, mucho se ha dicho acerca de las comunidades sitas en el norte hispano. Celtismo, indigenismo, igualitarismo, matriarcalismo y toda una serie de -ismos, surgidos al calor del interés que suscitaban y suscitan estas poblaciones. Un interés acompasado entre la bruma del romanticismo que acompañó los primeros momentos de la investigación y el positivismo que supuso el desarrollo de la arqueología como disciplina científica. Se trasladaba, así, la confianza en los textos clásicos a la capacidad objetiva de los restos recuperados del pasado. De esta forma, objetos y contextos arqueológicos comenzaban a sentirse como el único medio capaz de aproximarnos a un pasado en el que los «hombres» aún no escribían su historia. El paso del tiempo y el reposo de ideas han favorecido el acercamiento de posturas, y con ello, la posibilidad de observar los beneficios que ofrece el uso y análisis de distintas fuentes. Con esta puesta en común, he intentado visualizar ese pasado a través de la inclusión de conceptos tales como identidad, poder o género. De esta forma, he tratado de poner en escena las relaciones de poder basadas, entre otros factores, en la construcción social del género, para plantear un estudio en el que las mujeres aparecieran, junto con los hombres, como protagonistas de la preshistoria reciente del noroeste peninsular.

www.trabe.org
ISBN 978-84-8053-710-0
9 788480 537100